

 **ANTHROPOS**

**2012**

*La memoria de los aconteceres humildes y significativos*



*La memoria camino de transparencia*

*Un tiempo para ser, experimentar y decidir*

*La memoria como revelación de un proyecto de vida constructivo y dinámico*

Estas páginas son capítulos de memoria y reflexión. Nuestra memoria es escurridiza y selectiva, conserva lo que tiene a bien conservar. No digo con esto que guarde únicamente lo bueno o lo agradable. La memoria, al igual que el sueño, toma de la densa corriente de acontecimientos ciertos detalles y, a veces, pequeñas cosas sin importancia; los atesora para, en un momento dado, hacerlos resurgir. Al igual que el sueño, también la memoria trata de dotar de cierto significado a esos acontecimientos.

Desde mi más tierna infancia, sentí que la memoria era un embalse vivo y latente que animaba mi ser. De niño, solía sentarme a rememorar las vacaciones de verano en el pueblo de mis abuelos. Permanecía durante horas sentado junto a la ventana imaginando el viaje hasta allí. Todo lo que recordaba de los anteriores veraneos volvía a revelarse de una forma más vivaz.

La memoria y la imaginación conviven a veces al unísono. En esos primeros años parecían competir entre sí. La memoria era real, sólida, por así decir. La imaginación tenía alas. La memoria tiraba hacia lo conocido; la imaginación, hacia lo desconocido. La memoria siempre me inspiraba calma y un sentimiento agradable. En cambio, la imaginación me turbaba hasta deprimirme.

Con el tiempo aprendí que hay personas que viven solamente de la fuerza de la imaginación...

[Aharon Appelfeld]

Cada año un tiempo nuevo, sin estrenar, nos abre la puerta de la vida, como otra posibilidad y acontecer. Éste se nos presenta como aventura o proyecto de peregrinaje, un caminar hacia un horizonte luminoso en que se cumple el sentido extraordinario de la vida.

Una única empresa nos ocupa: transitar constantemente desde el nacimiento hasta el encuentro definitivo con lo ignoto y la otredad silente. El tiempo se nos convierte en proceso claro y transparente; un vivir ético, hecho don para los otros. Una llamada urgente y precisa plasma en quehacer y compromiso la capacidad de experiencia interior que se expresa en obras, significación y mensaje.

De este modo, la memoria nos alumbramos los hitos del camino progresivo hacia un destino personal y peculiar. Por su claridad nos revela aquellas señales o advertencias que nos anuncian nuestro modo concreto de caminar, sea éste erróneo o positivo.

Generalmente se piensa que *la memoria* de nuestros hechos de vida se ha de referir a grandes y singulares acontecimientos. Debido a lo cual olvidamos los errores o escondemos los hechos dolorosos: la muerte temprana de la madre, la ausencia necesaria del padre, la descomposición de la trama familiar, entre otros. Todo aquello que constituye el contexto de un vivir concreto, pero que entendemos negativamente y con frecuencia reprimimos. Y así el proceso constructivo del vivir queda escondido u olvidado.

Somos dados a encerrar en un área alejada de la memoria todo aquello que no podemos presentar en sociedad. Pero el tiempo nos llama e implica en su trama, nos apremia. Nuestro acontecer es limitado. El tiempo propio nos pide fluidez y acción. Estamos urgidos por él para dar un nuevo y positivo sentido a la vida.

Y así descubrimos que nuestra memoria está hecha de momentos humildes, sencillos, casi imperceptibles que nos califican y significan. Y a su vez, brota del interior un haz de luz, que nos abre la capacidad de donación y exigencia de rectitud ética y amor a toda otredad. Entonces, nos será fácil asumir nuestros errores y experiencias negativas, incluso conflictivas y abrir siempre una nueva esperanza confiada plenamente en lo que canta el poeta: *Hoy es siempre todavía*. El tiempo se nos presenta como una estructura abierta a la posibilidad.

La memoria es frágil. Necesita ayuda de la colectividad para fijar su sentido y la interactividad creativa del recuerdo. Y así la memoria nos acerca al acontecer de las ausencias más que de las presencias. En consecuencia, nuestro recuerdo ha de estar más con los ausentes, sea porque se han ido a otro país o porque se encuentran ya en otro espacio, en otro tiempo. No podemos

olvidar que la fuente de la estructura de nuestros recuerdos es la experiencia infantil. De esta manera, *la memoria tiene profundas raíces en el cuerpo*.

La memoria es argumento de las ausencias, de la espera y de los encuentros invisibles.

Y así puedo recordar que mi contacto con América Latina emerge desde tres experiencias muy singulares y concretas. Me refiero a sentimientos de nostalgia y saudade presentes en mi niñez y temprana juventud. Ya en esos lejanos tiempos oía voces y ecos confundidos con el ritmo de las olas de ese inmenso mar que me separaba de su otra orilla y que mis ojos buscaban con inquietud.

La primera experiencia, constituye una anécdota personal. Cuando todavía era muy niño me subía a la montaña más alta que encontraba cerca de mi casa, en Cimadevila, para ver el mar que imaginativamente me llevaba al otro lado, donde me encontraba con la Estatua de la Libertad y las luces amanecidas del puerto de Nueva York. Durante horas me quedaba allí absorto en la puesta del sol que siempre se escondía tras las Islas Cíes. Ellas cierran la bravura del océano y calman su fuerza indómita, para dar paso a la tranquilidad amable de la Ría de Vigo. Pero lo importante es que había alguien al otro lado, mi abuelo paterno que había emigrado muy joven y viudo a los Estados Unidos y definitivamente se instaló con su trabajo en Nueva York. Siempre hubo una comunicación virtual, con él, a través del lenguaje de este mar océano.

La segunda experiencia se sitúa en otro entorno muy diferente. Me refiero al puerto de Vigo donde atracaban barcos inmensos e infinidad de personas se embarcaban para ir a Cuba, Argentina, México, Venezuela, Uruguay, Brasil, los Estados Unidos, o bien Colombia. En definitiva, eran personas pobres que intentaban mejorar sus condiciones de vida en estos países de inmigración. Tenían como objetivo primero, al menos, dejar el hambre y la exclusión social que soportaban en su tierra. El recuerdo más vivo de estas escenas es el flamear de pañuelos y las lágrimas de despedida cuando el barco daba los primeros pitidos. La mayoría de estas gentes sabían que se iban para no volver. Sentían que iban a poblar con su trabajo otra tierra que todavía desconocían. Ahora sí, viajaban con la esperanza de redimir su miseria y su indignidad social. De este modo, la emigración constituía, entonces, un camino de emergencia a una vida nueva y pacífica.



La tercera experiencia, surge como un lejano recuerdo del colegio. Allí, de vez en cuando, nos visitaban los "misioneros", quienes nos proyectaban películas o diapositivas de su trabajo con las comunidades indígenas. Nos mostraban gráficamente sus formas de vida, sus lenguas, sus culturas, sus bohíos, sus cultivos, sus danzas, su música y sus ritos. Las casas construidas sobre el agua en forma de palafitos. La majestuosa magnificencia de sus ríos, selvas y cascadas. El discurrir tranquilo del Orinoco hacia el océano.

Posteriormente, esto me hizo pensar en los saberes ancestrales: la riqueza inmensa que ellos estaban perdiendo, porque los estábamos reduciendo al silencio. Todavía no nos hemos abierto a la pluralidad y la diversidad cultural. Pero, estoy seguro que ellos – los pueblos indígenas – esperan su oportunidad. Desean juntarse con nosotros y abrirnos el corazón de su espléndida sabiduría y espiritualidad y, ofrecernos la palabra callada de la paz. Ellos son la voz silenciada de un continente. Pero son muchos los que ya están ávidos de escuchar su silencio y creatividad. También la emigración es una forma de conocer al otro. Detrás de todo esto se esconde la fórmula abrahámica: *sal de tu tierra*.

La memoria redime las injusticias, las pasiones violentas, pero sobre todo, la esperanza. La memoria apunta a los hitos del camino y a la invención creativa de otra experiencia.

La memoria de María Zambrano es luz, transparencia y empeño por vivir y experimentar cuantas cosas le aporta el entorno vital. Ella es capaz de ver el trasluz del cuerpo en su dormición definitiva.

... A modo de autobiografía, porque no estoy muy cierta de poder hacer de mí una biografía, a no ser esas que he hecho ya, sin darme cuenta, en mis libros y sobre todo en mi vida; mas la vida necesita de la palabra; si bastase con vivir no se pensaría, si se piensa es porque la vida necesita la palabra, la palabra que sea su espejo, la palabra que la aclare, la palabra que la potencie, que la eleve y que declare al par su fracaso, porque se trata de una cosa humana y lo humano de por sí es al mismo tiempo gloria y fracaso, no hay fracaso sin su gloria ni hay gloria verdadera que no lleve o arrastre consigo un cierto fracaso, ¿de qué?, de este ser esencial que es el hombre, de este mediador...

Y en cuanto a mi padre, de quien he dicho que fue mi perenne maestro, esto era más directo porque yo veía que él así lo hacía, que siempre extraía de lo oscuro lo claro, y amaba la claridad haciéndola, no dándola ya por sabida; que su muerte a la que asistí, no puedo hablar de ella, porque fue como una revelación de la claridad en la muerte, de la belleza, de la compostura, de la armonía, del vivir, toda una revelación. Y ahora ya sí, tengo que terminar. Y la muerte como revelación de la vida, de la verdad, y que hasta tal punto que aparezca la belleza como un velo que la señala y la encubre, aparece en el final de *Claros del bosque* que, aunque yo no viera a mi hermana en su morir, la vi media hora después cuando había recobrado su espléndida belleza, su serenidad y ese algo intangible e inasible al par. No digo que sean los únicos seres que mueran así, yo estoy segura de que otros también así mueren, pero lo lamentable y triste del caso es que se haya hecho de la muerte algo fúnebre, funerario y no el comienzo, la revelación de la vida verdadera, la entrada en ella hecho visible...

*Otra oportunidad para retomar la experiencia. La memoria revive los hitos del camino y alumbrá los puntos oscuros del transcurrir de la vida*

¡Feliz Año Nuevo!  
Anthropos 2012

A partir de 1910, ya no veré en mi vida a mi familia. Mi madre murió cuando yo estaba de estudiante de teología. En 1918. Murió de enfermedad larga, tisis. Por aquello de que "por amor a Mí – Jesús – dejará el creyente en Mí a padre, madre"... los superiores no me permitieron ir a verla. Alagón dista de Borja unas horas. Y sea dicho con cruda verdad, tal noticia no me impresionó cual lo debiera por natural, por humanidad. Hacía años y años que no pensaba en mi madre sino para dirigirle una felicitación convencional por Año Nuevo. Y sus raras cartas, una por año, eran sometidas a la censura. Condolencias por su muerte no me las dio sino un alemán condiscípulo en teología.

Lo demás se redujo a lo convencional. En la capilla especial reservada para los teólogos el padre prefecto dijo: "Recemos un responso por el alma de la madre del Sr. Juan David García Bacca; por su alma se ofrecerá mañana una misa. Condolencia de todos nosotros".

Es de advertir, para conocimiento general, que cada sección de la comunidad – integrada de postulantes, novicios, profesos filósofos, teólogos y moralistas, más los padres directores, profesores, añádase los hermanos legos – cabíamos holgadamente, cada uno en su parte, dentro de la (ex) universidad fundada en Cervera por Felipe V, en premio de su masiva cooperación en su causa. Por adhesión a la contraria, a la casa de los Austrias, Felipe V la castigó a Barcelona privándola de su Universidad. Con las circunstancias políticas que no son de mencionar aquí, lo universitario se devolvió a Barcelona, quedando el magnífico edificio, en mis tiempos, al cuidado de los claretianos. Cada sección de la comunidad tenía su capilla propia. Se reunía toda la comunidad en la capilla central: amplísima, de estilo barroco, toda en mármol, los domingos y fiestas. Misa solemne, sermón; día de retiro mensual, semana de "Ejercicios espirituales", estilo Loyola, etc.

Volviendo a mi caso: yo de novicio, con sotana impuesta solemnemente, pasé el año dedicado a prepararme para profeso (de votos simples). De entre los recuerdos, selecciono para esta obra uno: práctica corriente y típica era la de que, en la reunión de todo el noviciado, bajo la presidencia del padre maestro de novicios, se arrodillaba uno. Y me arrodillé yo, brazos en cruz, diciendo: "Dígnense, hermanos míos, señalar los defectos que hayan notado en mí". Así en varias reuniones; en todas ellas era la misma acusación: "Es muy vanidoso, habla mucho de sí mismo". Tanto se la repitió

de novicio, y posteriormente de filósofo, que determiné no hablar de mí; y de todo lo demás, lo menos posible. Me volví silencioso. De la vanidad la reduje – tras largas reflexiones, y guiándome por la actitud de los demás condiscípulos y padres – a ostentar lo menos posible mis cualidades en las clases de filosofía, teología, etc.: memoria excelente, exposición y respuestas adecuadas; nada de objeciones.

Volviendo a mi año de noviciado: durante él era habitual la práctica de las mortificaciones (corporales, sobre todo). Cilicios y disciplinas. Yo fabriqué cilicios de puntas aceradas, a aplicar con correas ajustadas a la carne. Y me los apliqué. No recuerdo lo similar respecto de disciplinarme. En cuanto a los sentimientos que por tal trato del cuerpo (y del espíritu) surgían en mí (no los que a mis noventa años sintiera, y juzgara), sólo puedo decir que tales mortificaciones corporales, y lo que de ellas juzgaba mi conciencia, producían, y rezumaba allá en el fondo, implícita mas distinguiblemente, una soberbia sutil, de superioridad frente y contra los hombres, los laicos, que, en vez de dominar y domeñar el cuerpo, lo dejan deleitablemente, constantemente, que mande él.

[Juan David García Bacca]

\*\*\*

Es el camino que vale más llamar sendero, vereda, vericuetto, trocha o camino de sirga, el camino recibido por el hombre y sólo ensanchado, cuando se puede, allanado a fuerza de ser recorrido. El camino que se abre por un accidente del suelo y siempre por el recorrido de algún animal. El camino señalado por el puerto y que es, ante todo, paso, apertura. Y ese otro que se encarama o descende, que se enfila por donde no parece haber paso alguno, el que sobrepasa la "aporía". El de la sabiduría secreta de la bestia, que corresponde a su saber y a sus posibilidades corporales, a su poderosa levedad, a la finura de sus sentidos, de sus pezuñas, y que pone de relieve su calidad de habitantes propios de la tierra; como si ellas, las bestias, fuesen sus habitantes, sus dueños, mientras que el hombre, llegado después, siempre después, es sólo su residente y, por fin, su extraño huésped dominador. Como si el hombre hubiera llegado, desvalido invasor, un día, para desplegar en seguida su ineluctable necesidad, elevada a voluntad de imperio.

Y a medida que avance el historiarse de la humana vida, estos caminos recibidos irán siendo olvidados y, sobre

todo, descalificados, aunque se usen. Y el tomarlos en cuenta, tanto como el aceptar algo recibido, aparecerá como una defeción, o como un desvarío...

El camino recibido le sirve al humano cuando ha sido abierto y dado no ya por un animal sin cualificación sino por un animal-guía, visible o invisible. Y después, en estación plenamente humana, por un hombre-guía, y en ocasiones por un ser desconocido. A veces lo invisible se hace visible para el elegido.

Es propio del guía no declarar su saber, sino ejercerlo sin más. Enuncia, ordena, a veces tan sólo indica. No transmite una revelación. Ordena lo necesario, con la precisión indispensable para que la acción sea ejecutada, sin tener demasiado en cuenta que sea comprendida. Su transcendencia viene tan sólo de su cumplimiento. Y al indicar, ofrece siempre con un gesto algo más de lo que contiene la palabra; la indicación puede ser tan sólo una mirada o una leve sonrisa. Porque un guía ofrece ante todo, como sostén, la orden de su indicación, una cierta música, un ritmo o una melodía que el guiado tiene que captar siguiéndola. De ahí que el que recibe un camino-guía haya de salir de sí, del estado en que está, haya de despertar no a solas sino en verdad dentro ya de un orden; y el que siga este camino recibe en las escasas palabras y en las enigmáticas indicaciones las notas, en sentido musical, de un Método...

[María Zambrano. *El camino recibido*]

Me voy a arriesgar para contar, para simplemente contar lo que quise ser.

Primeramente quise ser una caja de música. Sin duda alguna me la habían regalado, y me pareció maravilloso que con sólo levantar la tapa se oyese la música; pero sin preguntarle a nadie ya me di cuenta que yo no podía ser una caja de música, porque esa música por mucho que a mí me gustara no era mi música, que yo tendría que ser una caja de música inédita, de mi música, de la música que mis pasos, mis acciones..., y yo era una niña que no tenía remordimientos y aun sin ellos temía, o sabía, que una caja de música no se podía ser...

¿Qué otra cosa quise ser? Pues quise ser centinela, porque cerca de mi casa, en Madrid, se oía llamarse y responderse a los centinelas: *Centinela alerta, Alerta está*. Y así yo no quería dormir porque quería ser un centinela de la noche, y creo sea el origen de mi insomnio perpetuo ser centinela. Pero claro está que de hecho

no lo podía ser, y entonces volvía a preguntar a mi padre, creo, si las mujeres podían ser soldados solamente para ser centinela. Y mi padre que no, me dijo que no podía ser. Y así, cuando me di cuenta que no podía ser de hecho nada, encontré el pensamiento, encontré lo que yo llamaba, lo que sigo llamando la *filosofía*. Pero tampoco eso yo podía. Mi padre me habló de la Academia Platónica, donde está inscrito *Nadie entre aquí sin saber geometría*, y yo la geometría no la dominaba y, de tanto en tanto, con mucha impaciencia, le preguntaba a mi padre: *¿Pero cuándo me vas a enseñar geometría? ¿Y para qué? Porque yo tengo que pensar*. Entonces, no tengo más remedio que aceptar que mi verdadera condición, es decir, vocación, ha sido la de ser, no la de ser algo, sino la de pensar, la de ver, la de mirar, la de tener la paciencia sin límites que aún me dura para vivir pensando, sabiendo que no puedo hacer otra cosa y que pensar tampoco lo he hecho...

[María Zambrano.  
*A modo de autobiografía – Fragmentos*]

\*\*\*

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero; mi juventud, veinte años en tierra de Castilla; mi historia, algunos casos que recordar no quiero...

[A. Machado]

Leyendo un claro día  
mis bien amados versos,  
he visto en el profundo  
espejo de mis sueños  
que una verdad divina  
temblando está de miedo,  
y es una flor que quiere  
echar su aroma al viento.  
El alma del poeta  
se orienta hacia el misterio.  
Sólo el poeta puede  
mirar lo que está lejos  
dentro del alma, en turbio  
mago sol envuelto...

[A. Machado]

Cuando recordar no pueda,  
¿dónde mi recuerdo irá?  
Una cosa es el recuerdo  
y otra cosa recordar.

[A. Machado]



Para dialogar,  
preguntad primero;  
después... escuchad.

[A. Machado]

¿Cuál es la verdad? ¿El río  
que fluye y pasa  
donde el barco y barquero  
son también ondas del agua?  
¿O este soñar del marino siempre con ribera y ancla?

[A. Machado]

Los ojos por que suspiras,  
sábelo bien,  
los ojos en que te miras  
son ojos porque te ven.

[A. Machado]

Estos días azules y este sol de la infancia.

[A. Machado]

\*\*\*

La palabra ha de llevar el lenguaje al punto cero, al punto  
de la indeterminación infinita, de la infinita libertad.

[J. A. Valente]

Cruzo un desierto y su secreta  
desolación sin nombre.  
El corazón  
tiene la sequedad de la piedra  
y los estallidos nocturnos  
de su materia o de su nada.

Hay una luz remota, sin embargo,  
y sé que no estoy solo;  
aunque después de tanto y tanto no haya  
ni un solo pensamiento  
capaz contra la muerte,  
no estoy solo.

Toco esta mano al fin que comparte mi vida  
y en ella me confirmo  
y siento cuanto amo,  
lo levanto hacia el cielo  
y aunque sea ceniza lo proclamo: ceniza.  
Aunque sea ceniza cuanto tengo hasta ahora,  
cuanto se me ha tendido a modo de esperanza.

[J. A. Valente. *Serán ceniza...*]

Tuve otra libertad,  
la amé con otro nombre.

Entre

el deseo y su objeto había un tiempo  
reducible a esperanza...

[J. A. Valente. *Tuve otra libertad*]

La piedra está  
firme y anónima.  
Sostienen los pilares  
con gravedad la sombra acogedora.

Aquí alguien habló  
tal vez a hombres unidos  
en la misma esperanza.

Tal vez entonces  
tuvo en verdad la vida  
cauce común y fue la patria  
un nombre más extenso  
de la amistad o el amor.

Aquí

latía un solo corazón unánime.

Porque fue éste  
lugar de comunales  
sueños, repartidas faenas,  
palabras pronunciadas  
con idéntica fe.

Tal vez sólo por eso  
la piedra aún se levanta  
donde, piadosamente,  
en el aire extinguido,  
mi mano toca ahora  
la soledad.

[J. A. Valente. *La plaza*]

... De cuantos reinos tiene el hombre  
el más oscuro es el recuerdo...

[J. A. Valente]

Porque hermoso es al fin  
dejar latir el corazón con ritmo entero  
hasta quebrar la máscara del odio.

Hermoso, sí, de pronto, sin saberlo,  
dejarse ir, caer, ser arrastrado.

Tal vez la soledad, la larga espera,  
no han sido más que fe en un solo acto  
de libertad, de vida.

Porque hermoso es caer, tocar el fondo oscuro,  
donde aún se debaten las imágenes  
y combate el deseo con el torso desnudo  
la sordidez de lo vivido.

Hermoso, sí.

Arriba rompe el día.  
Aguardo sólo la señal del canto.  
Ahora no sé, ahora sólo espero  
saber más tarde lo que he sido.

[J. A. Valente. *La señal*]

\*\*\*

No fue pasión aquello,  
fue una ternura vaga  
lo que inspiran los niños enfermizos,  
los tiempos idos y las noches pálidas.

El espíritu solo  
al conmoverse canta:  
cuando el amor lo agita poderoso  
tiembla, medita, se recoge y calla.

Pasión hubiera sido  
en verdad; estas páginas  
en otro tiempo más feliz escritas  
no tuvieran estrofas sino lágrimas.

[J. A. Silva. *Al oído del lector*]

\*\*\*

Esta es la tierra en que hemos sido felices.  
Esta es la tierra en que hemos sufrido.  
Aquí muchas veces lloramos  
sin lágrimas, hondamente, y soñamos  
dulces sueños.

Aquí laboriosas, irradiantes  
mañanas hemos pasado.  
Con un cantar en los labios,  
con una azada en las manos,  
y un buen afán en el corazón iluminado...

Aquí aprendí a amar los sueños – los dulces sueños –  
sobre todas las cosas de la tierra.  
Esta es la tierra oscura que ama mi corazón.  
Esta es la tierra en que quiero morir,  
bajo la espada del sol que todo lo bendice.

[A. Arturo. *Esta es la tierra*]

... Yo soy el cantor.  
Cantaré toda cosa bella que hay en tierras de hombres,  
cantaré toda cosa loable bajo el cielo.  
Cantor, cantador,  
de ritmos  
prestidigitador...

[A. Arturo. *El cantor*]

\*\*\*

La contingencia es, por lo tanto, la conciencia propia  
del hombre en el mundo, exasperada hoy como contin-  
gencia ya no de carácter meramente religioso o teológi-  
co (trascendente) sino filosófico o secular (inmanente):  
una contingencia que se expresa como un acaecer que  
cae o decae a pesar de su pujanza y, por lo tanto,  
interpretado como pasaje...

[A. Ortiz-Osés]

